

Sarah Manguso



Los guardianes
Una elegía

Traducción del inglés de Julia Osuna Aguilar



ALPHA DECAY

«Toda señal es equívoca.»

Proverbio *yiddish*

En la edición del jueves del *Riverdale Press* apareció un reportaje que empezaba así: «Anoche, en la estación de Riverdale de la calle 254, un cercanías de la red Metro-North arrolló a un hombre blanco no identificado que murió en el acto».¹

El maquinista declaró ante la Policía que el hombre estaba solo y que saltó. Los agentes de las fuerzas del orden retiraron el cuerpo de las vías y no encontraron identificación alguna. A los 425 pasajeros del cercanías se los trasladó a otro tren, lo que les ocasionó un retraso de veinte minutos.

De haber sido periodista, habría hablado con todo el mundo y habría anotado hasta el último detalle en el acto. Habría ido al hospital y habría conocido a todas las personas que estaban en la planta de psiquiatría cuando Harris cogió la puerta y se fue, y entonces este libro habría sido una descripción más precisa de la verdad.

De haber tenido que escribir con rigor, previas investigaciones necesarias para confirmar determinados hechos, le

habría preguntado a la gente sobre la última vez que habían visto a mi amigo Harris, o habían hablado o sabido algo de él. Me da miedo plantearles esas preguntas a sus padres. Me da miedo hablar con la última mujer con la que estuvo liado. Me da miedo quedar con sus médicos o con el hombre que conducía el tren.

Me he pasado tres años estudiando orquestación *klezmer*, física de las tormentas y cartografía de Europa del Este. Pensé que podría canjear mi vida por esa búsqueda tozuda y sin sentido. El temor a conocer tantas respuestas me llevó a no plantear ninguna pregunta, y ya van casi tres años. Ahora es imposible que alguien recuerde las trivialidades del 23 de julio de 2008.

Podía haber esperado hasta el fin de mis días para intentar comprender lo ocurrido en aquella fecha, dejarlo para el final con la idea de analizar todo su efecto, pero, en lugar de eso, he esperado lo que se me antoja un periodo de tiempo arbitrario y carente de sentido.

En su momento me esforcé tanto en no percatarme de la muerte de Harris que apenas me acuerdo. El tiempo ha ido erosionando el recuerdo del momento incluso mientras va acumulando ya el polvo de lo que ha pasado desde entonces. Ahora, sin embargo, necesito intentar recordarlo para evitar que me persiga.

Sabemos que la laguna temporal comienza pasadas las doce del mediodía, porque así lo confirma la enfermera del puesto, y sabemos que termina a las 22:48 porque fue a esa hora cuando el tren entró en la estación. Es posible que en algún

punto de ese minuto el maquinista accionara el freno neumático; quizá hiciera sonar el silbato. Y antes o después de hacer una cosa u otra, el morro respingón del tren —o tal vez toda su parte inferior—, justo por encima de las vías, entró en contacto con el cuerpo todavía vivo de mi amigo.

Me gustaría afirmar que en la vida de Harris se perdieron diez horas, pero no sería cierto: lo que ocurre es que esas horas estuvieron en su vida y en la de nadie más.

Aunque lo desee con todas mis fuerzas, no soy capaz de afirmar que Harris se tendió sin más sobre las vías del tren y sintió un gran alivio. Tan solo puedo imaginarme el suplicio, una luz cegadora y, luego, la nada.

El que ahora llevo conmigo —y a veces, sin previo aviso, refulge— no es su dolor. Es el mío, y al contrario de lo que hacía mi amigo, yo no intento disimularlo. Lo dejo adueñarse de todo. Me pongo a chillar en mi estudio. Lloro en el metro. Le cuento a todos mis conocidos que mi amigo se tiró a las vías del tren.

Hay quienes creen que tienes que ser una persona egoísta para contemplar el suicidio como posibilidad, pero yo no creo que esté a disposición de cualquiera. Estuvo a mi disposición durante un tiempo, y luego la puerta que había entre medias se cerró; y así se ha quedado.

Hay quienes piensan que debería estar enfadada con Harris, pero no es así: yo creo en la posibilidad del sufrimiento insoportable.

El hombre al que se le fue muriendo su amor poco a poco quiere que este libro vaya sobre el amor.

El hombre al que se le murió un hermano de un día para otro quiere que este libro vaya sobre la rabia. «No pude salvar a mi hermano», dice. «Esto no se quita con nada», dice.

A veces desearía que se hubiese muerto otra persona en su lugar: una de esas que se pone delante de las puertas abiertas del metro e impide el paso, por ejemplo, o de esas que dejan montañitas de cáscaras de cacahuets en el cercanías. La fantasía me sobreviene como un fogonazo: «¡Puedo devolverle la vida!».

A esa mujer que le cambia el pañal a su hijo y deja el sucio en un asiento de plástico naranja del metro, a esa, la habría cambiado por Harris. Y habría hecho otro tanto con el hombre que le quita el envoltorio a un caramelo, se lo mete en la boca y tira el papel justo a sus pies en el andén, lo mastica, desenvuelve otro, se lo mete en la boca, tira el papel justo a sus pies en el andén y vuelve a masticar.

Harris tocó y compuso música, diseñó *software*, aprendió a conducir, fue a la facultad, se acostó con chicas, se mudó a Nueva York, se mudó a California, hizo un posgrado, volvió a Nueva York, hizo otro posgrado. Sus tres brotes psicóticos apenas ocuparon espacio en su vida.

En la primera crisis contrató a un abogado, convencido como estaba de que sus compañeros tramaban una conspiración contra él. Llamó a su hermana sin saber ni dónde estaba, creyendo que le habían echado algo en la comida. Ella le dijo que se tumbase en la cama y descansara. Se llamó a sí mismo

una ambulancia pero, en cuanto llegó, la mandó de vuelta, fue en su coche a una gasolinera, aparcó, se bajó y durmió detrás de un contenedor. Se le apareció un perro que hablaba y que le dijo que entrara en una casa, que casualmente no tenía la puerta cerrada con llave. La gente que había dentro llamó a la Policía, que arrestó a Harris y lo llevó al hospital. Tras treinta y seis horas de llamadas de teléfono, su madre por fin lo localizó.

No sé qué raza de perro era, ni de qué color era la casa, ni qué sensación le produjo a mi amigo el tacto del pomo en la mano.

Después de esa primera crisis, a veces se quedaba callado en medio de una frase.

En la segunda crisis, al año de la primera, se perdió de vista en una fiesta que estaban dando en una azotea, y hubo unos instantes de pánico en que la gente creyó que se había tirado. Alguien fue a su casa y se pasó un buen rato llamando a la puerta hasta que Harris por fin abrió, con el puño en alto, dispuesto a atacar. Pasaron unos días. Canceló una cita porque quería ir a ver una obra. Un primo suyo fue a Brooklyn para recogerlo ya bien entrada la noche. Cuando por la mañana comprendió que iban a llevarlo al hospital, Harris se escapó de casa de su primo y al final fue la Policía la que acabó internándolo.

En la tercera crisis, también con un año de diferencia, lo dejó con su novia. Fue en taxi con una tía suya al hospital. Por su propio pie: sabía lo que le estaba ocurriendo.

Tenía náuseas. Puede que estuviese deshidratado. No lo sedaron.